

FUENTES DE LOS CUENTOS

El gigante y el sastre

De Viena. La historia de una campesina de Döbling (hoy en el área metropolitana de Viena), de Franz Ziska, fue publicada inicialmente en "Wöchentliche Nachrichten" (1819) por Büsching y posteriormente en sus *Österreichische Volksmärchen*, Viena 1822 (2^a ed. 1906). Fue incluido en los *Cuentos de niños y del hogar* de los hermanos Jacob y Wilhelm Grimm (volumen I, 1812; volumen II, 1815; volumen III, 1822 y, desde entonces, en múltiples reediciones posteriores).

Variantes de este cuento de hadas están documentadas en la región de Estiria (cfr. Peter Rosegger: *Tannenharz und Fichtenadeln*, Graz/Leipzig 1870).

El árbol de las maravillas

De la Baja Austria. Este raro cuento en la tradición alemana procede del libro *Kinder- und Hausmärchen* de Theodor Vernameken, Viena 1864 (2^a ed. 1892). Hay variantes del mismo documentadas en Transilvania y en Hungría, así como en Pomerania.

El carro del "¡Que se quede pegado!"

De la Alta Austria. La versión de esta narración, según Eisl, el antiguo minero de Hallstatt, de Goisern en la Alta Austria, la recoge Karl Haidinger en su *Österreichs Märchenschatz*, Viena, 1953. Existen variantes como *La oca de oro* de Jacob y Wilhelm Grimm en sus *Cuentos de niños y del hogar*. Aparece incluso un "carro andante" en la tradición eslava meridional de cuentos de hadas, se encuentra en la tradición germánica septentrional, donde se habla de un trineo que anda solo.

El rey Cenizas

Del Burgenland. Los cuentos de bodas de animales aparecieron publicados por primera vez de la mano de Reinhard Bünker en su *Schwänke, Sagen und Märchen in heanischer Mundart*, Leipzig 1906. La transcripción del alto alemán fue realizada a partir de la narración de un hablante nativo de Sopron/Ödenburg llamado Tobias Kern, un barrendero que había oido muchos de los cuentos de hadas de boca de su abuelo y de personas mayores amigas. Su ciudad natal era aún a principios del siglo XIX una importante zona residencial de los llamados *heanzen* y muestra las estrechas relaciones culturales de los alemanes de la zona occidental de Hungría (sobre todo

en los usos, dialecto, canciones y dichos infantiles) con el actual territorio del Burgenland.

El viejo caballo gris

De Estiria. Es una variante de la leyenda de Tristán (del tipo conocido como "cuentos de caballos", que procede de la obra de Anton Schlossar *Cultur- und Sittenbilder aus Steiermark*, Graz 1885. Por toda Estiria se encuentran variantes de esta historia (Mürztal, Estiria occidental), incluso al norte, en Burgenland y Carintia. Tiene afinidades incluso con los cuentos de hadas de Paderborn *Ferenand geträu un Ferenand ungeträu* y de los Grimm *Cuentos de niños y del hogar*.

La madeja perdida

De Carintia. Extraído de *Culturstudien über Volksleben, Sitten und Bräuche in Kärnten*, Viena 1879, obra de Franz Franzisci. Ciertos aspectos tienen reminiscencias de Frau Holle en sus *Kinder- und Hausmärchen* y de los Grimm en sus *Cuentos de niños y del hogar*. Se conocen variantes en la Baja Austria y Estiria.

¡Muele, molinillo, muele!

De Salzburgo. Recogido por escrito en Salzburgo por Helene Haidinger, publicado por primera vez por K. Haller en su *Volksmärchen aus Österreich*, Viena/Stuttgart/Leipzig [1915]. Todas las variantes austriacas de esta historia hacen se refieren a una tradición germánica del norte: las guerreras cautivas Fenja y Menja ponen al molino Grotti en movimiento, que primero muele felicidad y prosperidad, pero luego hace que los barcos se hundan con enormes cantidades de sal hechizada.

El oso

Del Tirol. Publicado por primera vez por Ignaz Vincenz y Joseph Zingerle en su *Kinder- und Hausmärchen aus Süddeutschland*, Ratisbona 1854. Se trata de una variante de la historia originaria de Hesse *La alondra que canta y salta*, también recogida por los Grimm en sus *Cuentos de niños y del hogar*.

El joven conde que viajó al submundo

De Vorarlberg. Según la versión que Adolf Dörler transcribió en sus *Sagen und Märchen aus Vorarlberg*, en *Zeitschrift für österreichische Volkskunde* 14 (1908). Se conocen más versiones también en Austria (Baja Austria, Burgenland) e incluso Escandinavia.



ÍNDICE

EL GIGANTE Y EL SASTRE [VIENA]	5
EL ÁRBOL DE LAS MARAVILLAS [BAJA AUSTRIA]	9
EL CARRO DE "QUE SE PEGUE" [ALTA AUSTRIA]	13
EL REY CENIZAS [BURGENLAND]	19
EL VIEJO ROCÍN [ESTIRIA]	23
LA MADEJA PERDIDA [CARINTIA]	29
¡MUELE, MOLINILLO, MUELE! [SALZBURGO]	33
EL OSO [TIROL]	37
EL JOVEN CONDE QUE VIAJÓ AL SUBMUNDO [VORARLBURG]	43



árbol, de la que salía luz. Penetró en ella y se encontró con una vieja feísima, que lo acogió amablemente, le ofreció de cenar y le preparó un buen lecho. Después de comer, él preguntó a qué distancia estaba todavía la copa del árbol.

— Mi querido HánSEL —respondió ella—, aún estás lejos. Yo solo soy el Lunes, todavía debes llegar hasta el Martes, el Miércoles e incluso aún más allá, hasta el Sábado. Cuando hayas llegado más allá, ya verás lo que hay.

Al día siguiente, HánSEL reemprendió el camino. Nuevamente tuvo que seguir escalando varios días, hasta alcanzar otra cueva. Allí vivía una bruja, el Martes, que era aún más fea que el Lunes, por lo que al principio HánSEL tuvo miedo de ella. Pero como le prometió una buena cena, él se quedó. A la mañana siguiente, el Martes lo puso en alerta sobre el Miércoles, que era un hombre que nadie de carne y hueso podía ver. HánSEL siguió su consejo y se fue a visitar directamente al Jueves, que era una vieja cheposa, de cabello ensortijado y una nariz enorme y roja. Tampoco el Viernes y el Sábado tenían mucho mejor aspecto, pero ambas acogieron amablemente a HánSEL.

Para entonces, HánSEL ya había gastado los últimos zuecos y el azadón que usaba para sostenerse no le servía para nada. En el mejor de los casos, había llegado todo lo lejos que podría, pero por otro lado era una pena estar allí y no seguir. Hasta que llegó a un muro de piedra que había crecido en el tronco del árbol. Encontró una puerta pequeña, la abrió y accedió a una enorme pradera. Entonces se desplomó. Cuando volvió en sí, vio que ante él se alzaba una ciudad dorada, sobre la que flotaba una luz potente que sus ojos no pudieron resistir. A su lado seguía el azadón, cuyo mango se había vuelto de oro.

La copa del árbol tenía frutas de oro y por la pradera trotaban animales también de oro. HánSEL se creyó en el cielo y quiso quedarse allí, pero algunos cuentan que regresó y contó a la gente lo que había visto.



pudo. Cuando los dos ya estuvieron saciados, el hombrecillo dijo:

— Como has compartido conmigo tu comida, obtendrás algo de mí que te será de ayuda. Mira, esto es un carro del que podrás tirar sin esfuerzo. Si alguien se te acerca y se agarra al carro, tú solo di: “¡Carro, que se quede pegado!” Y desde ese momento, se quedará pegado a él y tendrá que seguirte por doquier.

El joven le agradeció aquel extraño regalo y siguió su camino.

Al poco de salir del bosque, encontró un camino en mejores condiciones. Luego se topó con un deshollinador, que le preguntó:

— ¿A dónde vas con ese carro?

— A la capital del reino —respondió él contento, pero tan pronto como el deshollinador se le acercó y se asió al carro, el joven dijo:

— ¡Carro, que se quede pegado!

Desde ese momento, el deshollinador ya no pudo despegar la mano, que se le quedó unida al carro, por lo que no tuvo más remedio que seguirlo, todo furioso y soltando gruñidos.

Poco después de que el joven se volviese a poner en camino, se encontró con un panadero cargado con una cesta llena panecillos a la espalda, el cual sintió curiosidad y se quedó mirando al carro.

— ¡Que se quede pegado! —gritó enseguida el joven, y al instante al deshollinador se le unió el panadero.

Al entrar en la ciudad, todo el mundo se reía de aquella escena. Entonces el panadero cogió de la mano a una joven que se asomaba desde una tienda. Al momento el joven gritó:

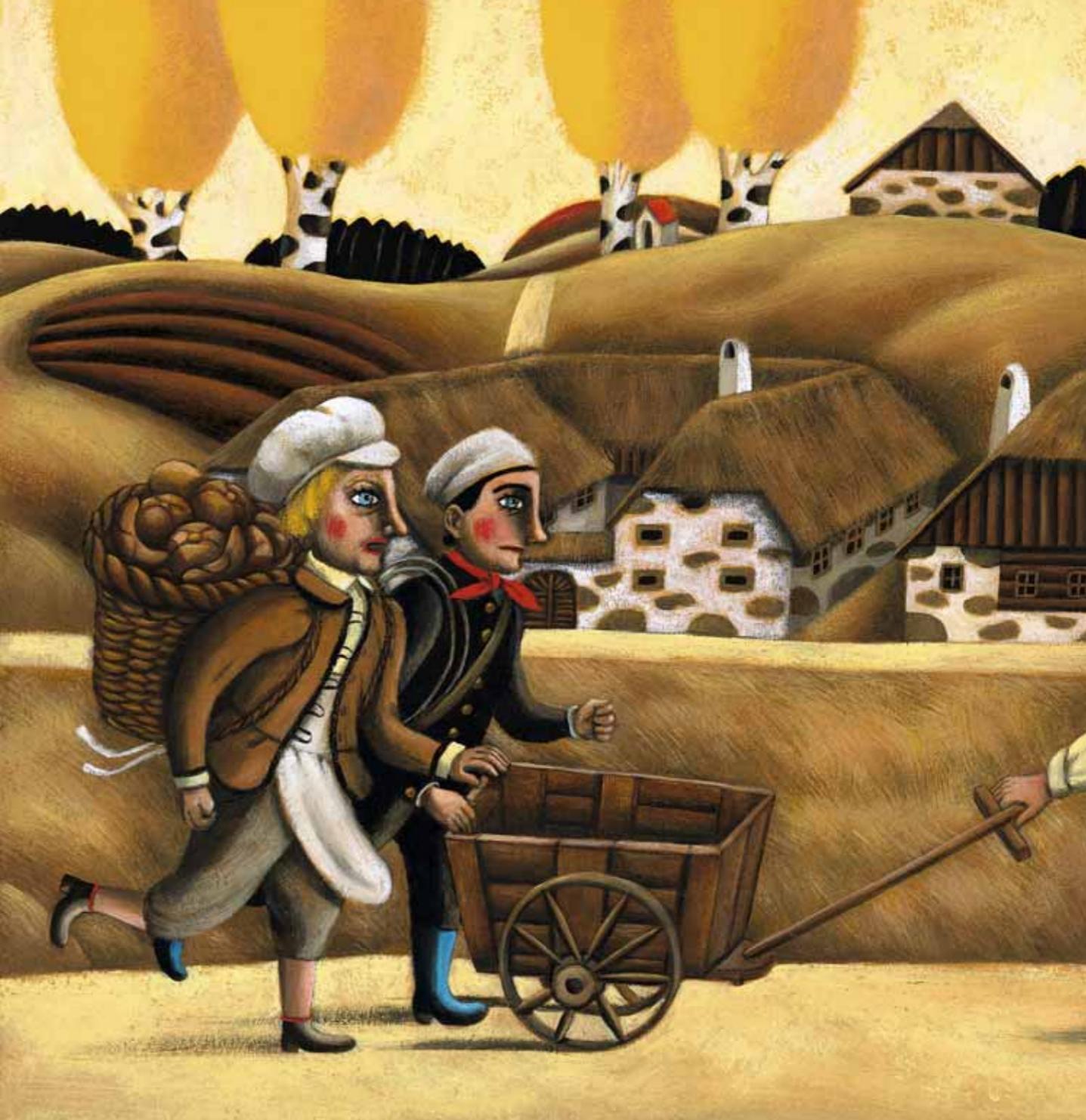
— ¡Que se quede pegada!

Y así, también ella tuvo que ir detrás del carro hechizado.

En estas, llegaron al castillo, arrastrando detrás más y más gente que se reía. Cuando estuvieron ante el mirador desde el que la princesa se asomaba, la hija del rey se olvidó de su mal humor y no tuvo más remedio que echarse a reír, de tal modo que dejó para siempre de ser una malhumorada.

Cuando el rey comprobó lo que había pasado, él mismo bajó por las escaleras y fue directamente al joven. Le dio la bienvenida, lo saludó como su futuro yerno y enseguida fijó la fecha de la boda. Luego fletaron una carroza espléndida hasta la aldea del joven, pues el joven insistió en que quería que sus padres acudieran a las nupcias.

Hubo una fiesta alegre, en la que incluso sus dos hermanos —que fueron finalmente liberados— pudieron de nuevo saciar su hambre.



Entonces se dirigió a la doncella principal y le ofreció la pulsera de oro a cambio de permitirle acudir a la puerta del rey.

— Llevas solo un día aquí y ya quieres que te dejen estar tan cerca del rey! Si te pillan, nos decapitan a las dos.

Pero aquella pulsera de oro le entró por los ojos a la doncella principal, de tal manera que acabó permitiendo a la princesa que fuera ante la puerta del rey.

A medianoche, se acercó a la puerta del rey y comenzó a decir:

“¡Rey Cenizas,
yo te he lavado en mi vino,
te he envuelto en suave tejido,
oh, tú, mi dulce elegido!”

Luego volvió corriendo a su alcoba. El príncipe se levantó al instante para ver quién había estado allí. Mas no encontró a nadie.

Al segundo día volvió a decir que necesitaba acudir ante la puerta del rey. La doncella principal no quería dejarla, pero el peine de oro le gustó tanto que la princesa volvió a obtener permiso.

A medianoche nuevamente fue con sigilo hasta la puerta y dijo:

“¡Rey Cenizas,
yo te he lavado en mi vino,
te he envuelto en suave tejido,
oh, tú, mi dulce elegido!”

Luego se marchó a toda prisa y él volvió a no encontrar a nadie. Al tercer día, volvió a dirigirse a la doncella principal:

— ¡Por favor, te lo ruego, permíteme acudir por tercera vez ante la puerta del rey! ¡Te daré una campanilla de oro!

La doncella principal primero quiso negarse, pues temía las consecuencias, pero la campanilla le gustó tanto que al final consintió.

Mas aquella noche estaban apostados cuatro guardias en la habitación del rey. La princesa se plantó de nuevo ante la puerta y dijo:

“¡Rey Cenizas,
yo te he lavado en mi vino,
te he envuelto en suave tejido,
oh, tú, mi dulce elegido!”

Entonces los cuatro salieron en tromba de la alcoba real y, antes de que la prin-

cesa se hubiese alejado lo suficiente, la capturaron. Encendieron las luces para ver quién era.

— ¿Qué has venido a buscar a mi puerta estas tres noches? —preguntó el rey furioso—. Haré que te ejecuten.

— ¿De verdad podrías ejecutarme? —preguntó ella—. Si yo te he cuidado durante todo un año, cuando eras un pájaro.

Al rey se le encogió el corazón, pues preferiría no haber hablado en aquel tono tan duro.

— Yo te he lavado en vino y te he envuelto en mi pañuelo de seda, hasta que recuperaste tu forma humana.

Entonces el rey la cogió del brazo y la llevó a su habitación. Pasaron toda la noche juntos conversando.

A la mañana siguiente mandó una embajada para anunciar que no se casaría con la otra mujer, pues había llegado la princesa que lo había liberado de su forma de pájaro.

Celebraron la boda y enviaron mensajeros a desear suerte al país de la princesa.





¡MUELE, MOLINILLO, MUELE!

SALZBURGO



Érase una vez una viuda que tenía un único hijo que vivía en el extranjero desde hacía mucho tiempo. Aunque poseía una pequeña casa, no le iba nada bien, por eso solía suspirar:

— ¡Ojalá que vuelva a casa, para que yo tenga ayuda!

Un día que estaba sentada, concentrada en tejer y en sus pensamientos, se abrió la puerta y entró su hijo. Ella le dijo inmediatamente:

— ¡Qué contenta estoy de que estés de vuelta! ¡Ahora me irá mejor!

Ella le contó además sus dificultades y las penalidades que había tenido que sufrir.

— Pues bien, superaremos las penalidades —dijo el hijo—. Me he traído algo.

Se puso entonces a rebuscar en su mochila vieja y desgastada, sacó un paquete, lo desenvolvió y puso sobre la mesa un viejo molinillo de café, ese era todo su tesoro.

— Ya, hijo... —dijo la madre desilusionada—. ¿Eso es todo? Si mi viejo molinillo es mejor que ese.

— Espera, madre —dijo el recién llegado—. Ahora mismo verás cómo es. Mira, tengo hambre, prepara enseguida un café.

— Está bien, lo hago, ¿pero dónde encuentro panecillos? Ya no se pueden comprar —dijo la madre.

— Eso es lo de menos —le respondió el hijo—. Ya me ocuparé yo de los panecillos.

La anciana madre fue a la cocina y volvió al rato con un cacillo lleno de café.

— De acuerdo —dijo el hijo—, ¿nadie puede vernos aquí dentro?

— Correré las cortinas —propuso ella, fue hacia la ventana y corrió las cortinas. Sentía algo de curiosidad por lo que iba a suceder.

Mientras tanto, él se había acercado a la mesa y había empezado a darle a la manivela del viejo molinillo, al tiempo que decía:

“Muele, molinillo, muele
frescos panecillos se quieren”